

DOMINGO XXIV. TIEMPO ORDINARIO. CICLO B.

Mc. 8, 27-35

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Felipe; por el camino, pregunto a sus discípulos: - «¿Quién dice la gente que soy yo?» Ellos le contestaron: - «Unos, Juan Bautista; otros, Elías; y otros, uno de los profetas.» Él les pregunto: - «Y vosotros, ¿quien decís que soy?» Pedro le contesto: - «Tu eres el Mesías.» El les prohibió terminantemente decírselo a nadie.

Y empezó a instruirlos: - «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días.» Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Jesús se volvió y, de cara a los discípulos, increpó a Pedro: - «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tu piensas como los hombres, no como Dios!»

Después llamo a la gente y a sus discípulos, y les dijo: - «El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad, el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvara.»

CUENTO: LA CARAVANA DEL DESIERTO

Un poderoso sultán viajaba por el desierto seguido de una larga comitiva que transportaba su tesoro favorito de oro y piedras preciosas.

A mitad del camino, un camello de la caravana, agotado por el ardiente reverbero de la arena, se desplomó agonizante y no volvió a levantarse.

El cofre que transportaba rodó por la falda de la duna, reventó y derramó todo su contenido de perlas y piedras preciosas entre la arena.

El sultán no quería aflojar la marcha; tampoco tenía otros cofres de repuesto y los camellos iban con más carga de la que podían soportar. Con un gesto, entre molesto y generoso, invitó a sus pajes y escuderos a recoger las piedras preciosas que pudieran y a quedarse con ellas.

Mientras los jóvenes se lanzaban con avaricia sobre el rico botín y escarbaban afanosamente en la arena, el sultán continuó su viaje por el desierto. Se dio cuenta de que alguien seguía caminando detrás de él. Se volvió y vio que era uno de sus pajes que lo seguía, sudoroso y jadeante.

- ¿Y tú – le preguntó el sultán- no te has parado a recoger nada?.

El joven respondió con dignidad y orgullo

- ¡Yo sigo a mi rey!.

ENSEÑANZA PARA LA VIDA:

Muchas veces me ha llamado la atención en el Evangelio la lentitud con que los discípulos de Jesús asimilan la verdadera identidad del Maestro. Varios años con El y todavía no se enteran de con quién andan.

No es extraño que Jesús quiera de nuevo ponerlos a prueba en la persona de Pedro, el más recalcitrante de los apóstoles. Y lo hace con una pregunta

que va del general al particular, para que no se escabullan: ¿Quién dice la gente? ¿Quién decís vosotros soy yo?.

Jesús no quiere respuestas generales, lo que dice la gente de El. Pide respuesta y compromisos personales con su Persona.

Y ahí está Pedro, confesando su fe en Cristo como Mesías, en un alarde de valentía y de exaltación, y también de autocomplacencia.

Pero es claro que de lo dicho por los labios no entiende nada después, pretendiendo enmendar la plana a Jesús y atreverse a recriminarlo, porque le parece que el Mesías del que Jesús habla no es el Jesús al que sigue Pedro.

Todavía no han vivido los apóstoles la experiencia de la Pascua y no han pasado ellos por la propia experiencia de la persecución y el martirio.

Ahí ya no valdrán respuestas fáciles, sino compromiso de total entrega. Ahí se confesará a Cristo con la propia vida, llevando la propia cruz.

Vivimos hoy tiempos de necesidad de purificar nuestra fe. Hay mucho cristiano que confiesa de boca que es cristiana, está bautizada, no duda en decir que Cristo es el Hijo de Dios, pero luego en lo concreto de la vida, cuando tiene que vivir a fondo los valores del Evangelio, se echa para atrás y le parece muy difícil entender eso de la cruz.

¿Hasta dónde estamos dispuestos en nuestro seguimiento de Cristo?. ¿Qué es Cristo para nosotros, para cada uno?. ¿Qué tipo de cristianismo pretendemos vivir, un cristianismo fácil acomodado, sin cruz, sin conflicto?. Pues no es posible. Nos lo dice hoy Jesús: "El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga".

Es necesaria más que nunca la purificación de la fe y del seguimiento de Cristo, saber de verdad quién es cristiano, quién sigue a Cristo para obtener beneficios o figurar en la sociedad, o quién sigue a Cristo de verdad y de corazón, como vemos en el cuento de hoy.

Quizá tenga que haber menos cristianos, pero más auténticos. La Iglesia hay sido más evangélica cuanto menos pegada al poder ha estado, más evangelizadora cuanto más sencilla, más testimonial cuanto más auténtica.

Pensemos también nosotros. ¿Cómo es mi seguimiento de Cristo y mi testimonio hoy en la sociedad, entre mi familia, en mi trabajo, con mis amigos?. ¿Quién es Cristo para mí: alguien que ha transformado mi vida y me hace verla desde la óptica del amor o un personaje abstracto del que me han hablado o del que la gente dice que es un profeta?. Más que nunca Cristo necesita discípulos convencidos, dispuestos a dar la vida por la causa del Evangelio, que no es otra que la causa del amor, la justicia, la paz, el perdón, la solidaridad y la igualdad entre los hombres. Porque quien da la vida en el surco diario de la cotidianidad la recupera llena y plena de alegría y de felicidad.

¡QUE TENGAS UNA FELIZ Y TESTIMONIAL SEMANA!